

## **El café de los ilustres**

### **Marc Cerrudo Boada**

Tras una noche en blanco, a Adelaida aquel café le supo a resurrección. Se lo había servido la señora Petra, sonriente como siempre. Eran las ocho y media de la mañana pero el bar de la facultad ya era un hervidero de estudiantes y profesores. Todos lucían caras largas y somnolientas. Anhelaban volver a cubrirse con las sábanas y dejar que los cojines besaran sus mejillas hasta sumirlos en el más dulce de los sueños. Lo único que les reconfortaba era el café de la señora Petra y sus palabras de ánimo al servirlo. Sola, en un rincón del bar, Adelaida seguía dando vueltas a las dudas que la habían mantenido en vela toda la noche.

Aquel trabajo le estaba costando más que ningún otro en el año y medio que llevaba en la facultad. A decir verdad, y eso es lo que más le fastidiaba, era un trabajo que no debía comportar demasiadas complicaciones. Ella y sus compañeros debían buscar información sobre alguno de los ilustres alumnos que habían pertenecido a la misma facultad donde ellos ahora estudiaban. Luego, frente a la clase, debían hacer una breve exposición oral sobre el porqué de aquella elección, cómo había destacado profesionalmente y qué influencia había tenido en su carrera laboral su paso por la facultad. Había muchos nombres donde elegir. Demasiados.

Políticos en el Congreso de los Diputados, periodistas presentando telediarios, escritoras en lo más alto de la lista de ventas, publicistas en las mejores agencias del país, historiadores del arte organizando exposiciones por todo el mundo, filólogos en la Real Academia de la Lengua Española, arqueólogos descubriendo civilizaciones antiguas en los desiertos de Próximo Oriente. La lista era interminable, había decenas de respuestas posibles. Eso era precisamente lo que traía de cabeza a Adelaida. Todos esos nombres revoloteaban en sus pensamientos como ingravidas mariposas. Fruto de su indecisión, Adelaida se había preparado a lo largo de las dos últimas semanas hasta diez presentaciones distintas para explicar en el aula. Pensaba que la noche anterior al día de la exposición sería capaz de decantarse por una de ellas. No había sido así y ahora, a media hora de que empezara la clase donde debía llevar a cabo la presentación, se encontraba en el bar de la facultad aún dando vueltas a cuál sería la decisión más acertada. Entre sus manos, la taza ya vacía del café de la señora Petra.

Todas aquellas personas eran importantes y bajo el punto de vista de Adelaida ninguna merecía un reconocimiento por encima de las otras. Elegir a una sería posicionarse, creía Adelaida, y

no quería hacerlo. Había intentado dirimir si objetivamente alguno de esos personajes, pretéritos alumnos de la facultad, tenía mayor relevancia que los demás. No, no era así. Todos habían aportado mucho a sus campos profesionales y no era justo jerarquizar. Las manos de Adelaida se apartaron de la taza de café y su cara se hundió en ellas. Su cerebro había sufrido uno de esos famosos colapsos universitarios donde un grano de arena se convierte en la cordillera de los Himalayas. Necesitaba otro café.

Adelaida se levantó, con los apuntes entre las manos, y se dirigió a la barra del bar. La señora Petra la esperaba ya con una sonrisa dibujada en los labios.

—Otro café, ¿verdad, cariño? —le preguntó la señora Petra.

—Por favor, lo necesito más que a mi vida —respondió Adelaida.

La señora Petra rio ante la ocurrencia de Adelaida, que envidió la perenne jovialidad de aquella mujer. Mientras la señora Petra preparaba el café, Adelaida puso sobre la barra los apuntes y repasó al azar una de las diez exposiciones que se había preparado. Era la de una presentadora de informativos en una cadena nacional que había estudiado Periodismo en aquella misma facultad veinte años atrás. Cuando el café estuvo listo, la señora Petra se lo llevó a Adelaida. Al servirlo, no pudo evitar echar una ojeada a sus apuntes.

—Es la chica del telediario, ¿verdad? —le pregunto a Adelaida, que asintió—. Me acuerdo de ella. También tomaba café aquí cada mañana y también la había visto muchas veces con la cara que tú traes hoy. Cara de fin del mundo.

Esta vez quien rio fue Adelaida. Cogió de entre los apuntes otro de los alumnos emblemáticos de la facultad. Este era mayor, hacía treinta años que había estudiado allí. En la actualidad, tenía un escaño con su nombre en el Congreso de los Diputados.

—Y a este, ¿lo conoces? —le preguntó curiosa Adelaida a la señora Petra.

—Por supuesto. Era un pieza. Pasaba más tiempo aquí en el bar que en clase —respondió la señora Petra. Rieron al unísono. Adelaida fue mostrándole a la señora Petra el resto de ilustres nombres de sus apuntes. Los conocía a todos. De todos tenía historias que contar.

—Sé que es una pregunta indiscreta, ¿pero cuántos años hace que trabajas en esta facultad? —le preguntó finalmente Adelaida.

—Uy, niña. Cuando yo empecé a trabajar aquí, Matusalén aún tenía acné.

Más risas. Aquellos minutos de charla habían servido para despejar la cabeza de Adelaida; sus sienes ya no le resultaban pesadas como transatlánticos. Sin embargo, entre tanta cháchara el café se había quedado frío. Al darse cuenta, la señora Petra se disculpó y dijo que le prepararía uno nuevo para que así Adelaida se lo pudiera tomar caliente. Pero cuando las manos huesudas y recias de la señora Petra se disponían a retirar el café, un fogonazo en la mente de Adelaida le reveló la

solución a todas sus dudas.

—No, espera —dijo Adelaida mientras cogía la taza de café que la señora Petra se quería llevar—. No me lo voy a beber, pero lo voy a usar para un trabajo de clase.

La señora Petra hizo una mueca de extrañeza ante las palabras de Adelaida. Entonces Adelaida pensó en decirle todo lo que se le había ocurrido. Que todos esos antiguos alumnos y alumnas de la facultad tenían un punto en común aparte de la propia facultad, y este no era otro que el café de la señora Petra. Que durante su época de estudiantes, todos habían tenido días donde el mundo se les venía encima como a ella misma le había pasado aquella mañana, pero que siempre podían contar con el café de la señora Petra y sus sonrisas para levantarles el ánimo. Que en parte, el éxito de todos esos periodistas, políticos, escritoras, publicistas, historiadores del arte, arqueólogos y filólogos se había gestado en el elixir que les servía la señora Petra a diario y en su afabilidad. Adelaida pensó en decirle todo eso, pero solo atinó a decir cinco palabras que confundieron aún más a la señora Petra.

—Es que te lo mereces.

Feliz, Adelaida cogió el café y salió disparada hacia clase, olvidando los apuntes en la barra del bar. Tenía que hacer una presentación oral sobre la señora Petra, la persona más ilustre de una facultad de ilustres.

La señora Petra se encogió de hombros al verla marchar. Inmediatamente, esbozó una nueva sonrisa y se dispuso a preparar un café para el siguiente estudiante de la cola.